visto en las misiones que se han hecho en las galeras, muchos mahometanos que han abrazado nuestra santa fe y pedido el bautismo con gran placer suyo y aprovechamiento de los forzados.

Pero como esta clase de personas no se encuentra en todos los lugares, lo que mas frecuentemente se ha notado es la conversion de pecadores escandalosos que de ordinario abundan en los pueblos. Así con las misiones se ha desterrado el concubinato, se han visto mugeres prostituidas que movidas por la fuerza de la palabra divina, han detestado los desórdenes de la vida pasada, y se han entregado á ejemplar penitencia: han llegado los ecos de las misiones hasta los senos de los montes, sacando de allí á los salteadores de caminos para llorar sus culpas, como se vió una vez en que vinieron á buscar á los misioneros unos cuarenta, causando en los habitantes del lugar no poca admiracion y consuelo por tan maravillosa mudanza.

Finalmente, el Señor ha querido derramar abundantes bendiciones sobre los trabajos de los misioneros, renovando completamente el género de vida en poblaciones enteras. En un lugar de Italia, cuyos habitantes se daban con esceso á las fiestas y comidas, pasando dias enteros en el gran número de hosterías que allí habia, se observó que despues de una mision, quedaron todas abandonadas, y se vieron los dueños en el caso de cerrarlas, á tal punto, que despues no encontraban los pasageros un lugar donde hospedarse.

Semejante cosa sucedió en un pueblo de la Sabina, cuyos habitantes quedaron despues de una mision reconciliados entre sí y resueltos á terminar toda clase de litigios, con lo que cesó el despacho de los tribunales, quedándose hasta sin comer los empleados de la justicia: el gobernador que entonces habia, dejó el oficio, y volvió á su casa diciendo: Que pues no habia allí que hacer, no tenia para que estar.

Por estas maravillosas conversiones continuamente recibia nuestro Vicente cartas de congratulacion, de las cuales vamos á copiar una de un caballero llamado el Señor de San Ciro, escrita el año de 1642, y es como sigue: «*Los trabajos de los sacer-*
«*dotes de vuestra Congregacion, juntos con el ejemplo de su virtud, han*
«*causado tal mudanza de vida en mis súbditos, que á los vecinos les*
«*parecen otros hombres. Por mi parte confieso que los encuentro ente-*

«*ramente distintos de lo que antes eran, y me parece que Dios me ha*
«*enviado una nueva colonia para poblar esta villa. Vuestros misio-*
«*neros han encontrado aqui espiritus rudos é intratables que no hubie-*
«*ran podido convertirse sin el auxilio de la gracia que acompaña á*
«*tan buenos operarios.*"

El Illmo. Sr. D. Justo Guerreiro, obispo de Ginebra y prelado ejemplarísimo, escribió muchas cartas á Vicente semejantes á esta, declarando entre otras cosas, que estaba de tal modo persuadido de la utilidad de las misiones, que si las hubiesen hecho en todos los lugares de su diócesis, saldria contento de esta vida, repitiendo con regocijo estas palabras del Santo Simeon: *Nunc dimittis servum tuum, Domine, secundum verbum tuum, in pace.*

Como Vicente mejor que nadie estaba convencido por la esperiencia de los grandes bienes que resultan de las misiones, animaba continua y fervorosamente á los de su Congregacion para que se dedicasen con ardor á la práctica de ellas. Decíales que este ejercicio era el fin principal de la Congregacion, y que todo lo demas debian considerarlo como accesorio, pues que nunca podrian los misioneros emplearse con órden en las instituciones de los ordenandos y en la perfeccion de los seminarios, si no conocian primero, por medio de las misiones, la mucha necesidad que tiene el pueblo de eclesiásticos virtuosos é instruidos, que puedan hacer conservar el fruto que de ellas se saca; y que debian mirar como una honra especial de la Providencia haber seguido su vocacion, porque este empleo habia tenido Cristo Redentor nuestro, enviado por el Padre Eterno para evangelizar á los pobres; y en fin, que no cumpliendo exactamente con las obligaciones de su instituto, darian al Buen Pastor estrecha cuenta de las almas que por negligencia de ellos se perdieran.

«Acordémonos, añadia, de aquello que dice San Ambrosio,
«*Si non pavisti, occidisti;* y si bien estas palabras propiamente se
«aplican al sustento corporal, pueden no obstante, aplicarse con
«mayor verdad al sustento espiritual del alma. Juzgad pues, si
«faltando nosotros en esto á nuestra obligacion no habrá gran ra-
«zon de temer el juicio de Dios. ¿Por ventura creerá alguno de los
«que aman la vida presente, abreviarla con la fatiga de las mi-

«siones, y tratará por tal razon de evitar este trabajo como un «mal que acelerará su muerte?

«Si alguno lo creyese, yo le preguntaré si debe considerarse «como un mal en quien viaja por un pais estraño al que siga una «senda que le abrevie el camino y le haga llegar mas pronto á «la patria: ¿cómo pues podrá reputarse como infelicidad para los «misioneros el entrar con mayor presteza á la posesion de la glo«ria que su Divino Maestro les ha abierto con sus padecimientos «y su muerte? ¿Temeremos acaso que nos suceda aquello que nun«ca se puede desear bastante, y que siempre llega demasiado «tarde?"

Era tan ardiente el deseo de Vicente por el buen éxito de las misiones, que aun á los legos de la Congregacion los exhortaba para que ayudasen á ellas con su oracion y buen ejemplo, ofreciendo á Dios por este fin sus fatigas y mortificaciones, teniendo fielmente á su cargo el cuidado de las cosas temporales para que los sacerdotes pudiesen con mas desembarazo ocuparse en la salud eterna de los pobres, pues á esto estaban obligados por ser en la Congregacion miembros de un mismo cuerpo; «así «como, decia, en el sacratísimo cuerpo de Jesucristo todos los «miembros concurrieron á la obra de nuestra redencion, pues su «cabeza fué coronada de espinas, y sus pies atravesados de cla«vos; y si despues de la resurreccion fué glorificada la sagrada «cabeza, tambien los pies participaron de la gloria de que fué «adornado todo el cuerpo: así pues, si cooperais á la salud de los «pobres de un modo proporcionado á vuestro estado, sereis par»ticipantes de la misma corona que está reservada á los sacerdo«tes y ministros evangélicos."

Con estos y otros discursos procuraba Vicente aumentar en los suyos el espíritu de su vocacion, y encender en sus corazones un vivo deseo de dedicarse enteramente al santo ejercicio de las misiones; y como su pecho estaba abrasado por la caridad del prójimo, sus palabras movian siempre al que las escuchaba á ofrecer la salud y aun la vida por el bien espiritual de sus semejantes.

CAPITULO XVI.

De los ejercicios espirituales para toda clase de personas.

El amor tan desinteresado que tenia Vicente á todos los hombres, le hacia buscar medios adecuados para poderlos colocar en el camino de su salvacion; y considerando que uno de ellos era el retiro en la soledad para que cada uno entrase en sí mismo y meditase las verdades eternas, abrió la puerta á toda clase de personas para los ejercicios espirituales. Sabia bien el venerable varon por esperiencia, el provecho que se sacaba de estos ejercicios, y por noticia, lo recomendado de su práctica por muchos santos, particularmente por San Cárlos Borromeo, San Francisco de Sáles y el insigne San Ignacio de Loyola, á quien principalmente se debió la primacía de obra tan gloriosa, pues por medio del libro que compuso de los ejercicios y la práctica que de ellos se ha seguido, muchas almas desprendidas de los lazos del mundo, se han encaminado libremente á la eterna bienaventuranza.

Con el fin de que por falta de comodidad y local á propósito, nadie dejase de disfrutar los beneficios de un retiro, dispuso que se encontrase en todas las casas de su Congregacion. En todas ellas fueron recibidos cuantos quisieron hacer los ejercicios espirituales, tanto eclesiásticos como seglares, y se les trató con la caridad que se puede suponer del zelo de tan venerables sacerdotes. Dió principio nuestro Vicente á esta buena obra en Paris, en el colegio que llamaban de los Buenos Hijos, y la continuó despues, dándole mayor estension en la casa de San Lázaro, y cuantos allí entraban, quedaban admirados de la diligencia, benignidad y amor con que eran atraidos para buscar á Dios y encontrar allí el remedio de sus males espirituales. Copiaremos un fragmento de una carta de un eclesiástico muy respetable, que varias ocasiones tomó los ejercicios en la casa de San Lázaro.

«Todos los miserables, dice, y afligidos, de cualquiera con«dicion que fuesen, estaban seguros de encontrar una casa de re«fugio y consuelo en San Lázaro, en donde Vicente y los suyos «los acogian con la mayor dulzura; la portería, el refectorio y